

José Piñera:

“Dar un golpe de timón, crear esquemas nuevos...”

A SUMIO como Ministro del Trabajo y Previsión Social en los difíciles días de diciembre del año pasado (por algunas horas se le mencionó, en esa ocasión, como posible Ministro de Economía), cuando el país enfrentaba el peligro de una guerra con Argentina, parecía Inminente el boicot de la Afl-Cio, y el caso Letellier estaba en uno de sus peores momentos. El desafío era grande y José Piñera lo comprendió así.

A los pocos días de asumir dio a conocer un novedoso programa de reformas laborales al que bautizó como el Plan Laboral. Con un reducido equipo de asesores (entre ellos, Rodrigo Alamos, Ramón Suárez, Hernán Buchi y Roberto Guerrero) se lanzó entonces a elaborar el conjunto de leyes que el Gobierno se había comprometido a promulgar en sólo seis meses, plazo que se cumplió puntualmente incluso con unos días de adelanto.

El Plan Laboral despertó el interés —y la polémica— de todos los sectores. Muchos consideraron que al fin se rompían los viejos moldes y que el Plan abría las puertas hacia una verdadera libertad sindical. Otros lo consideraron demasiado audaz para los tiempos que corrían, y ciertas voces corporativistas lo calificaron de excesivamente liberal. Sus más enconados opositores lo llamaron “plan economicista”, “gangrena laboral”, y lo acusaron de ser lesivo para el interés de los trabajadores porque “estaba destinado a beneficiar sólo a los empresarios”. Esta última postura —muy a pesar de quienes la sustentaban— no fue compartida por los sindicalistas de la Afl-Cio, que desde muy lejos observan la situación, y el nubarrón del boicot se alejó por tiempo indefinido del cielo chileno.

“Cuando el Plan entró en rodaje —nos explica ahora José Piñera, en la tranquilidad de su oficina, a pocos días de la Navidad—, supe que habíamos pasado la primera prueba de fuego. Los aumentos sustanciales que se obtuvieron con la negociación colectiva, conjuntamente con un número ínfimo de huelgas, nos sorprendieron incluso a nosotros. El segundo obstáculo era conseguir que la opinión pública, e incluso gente de Gobierno, comprendiera que ésta no era la huelga política de antes, sino una totalmente distinta. Si nos asustábamos, habría un gran retroceso. Pero todo salió perfecto. El Plan Laboral ha colocado las relaciones Gobierno-sindicatos en piloto automático, sujetas a la doble disciplina de una ley justa y un mercado competitivo”.

Sobre la previsión no quiere hablar mucho hasta que “el camino esté despejado”. No oculta su molestia ante el incre-

ble atraso en la recuperación de las cuentas individuales de los imponentes, que encontró al llegar al Ministerio. “No puede haber reforma previsional con sistema de capitalización individual, sin esas cuentas al día. Pero buscaremos alguna salida”, agrega con el optimismo y el deseo de renovación que le son habituales.

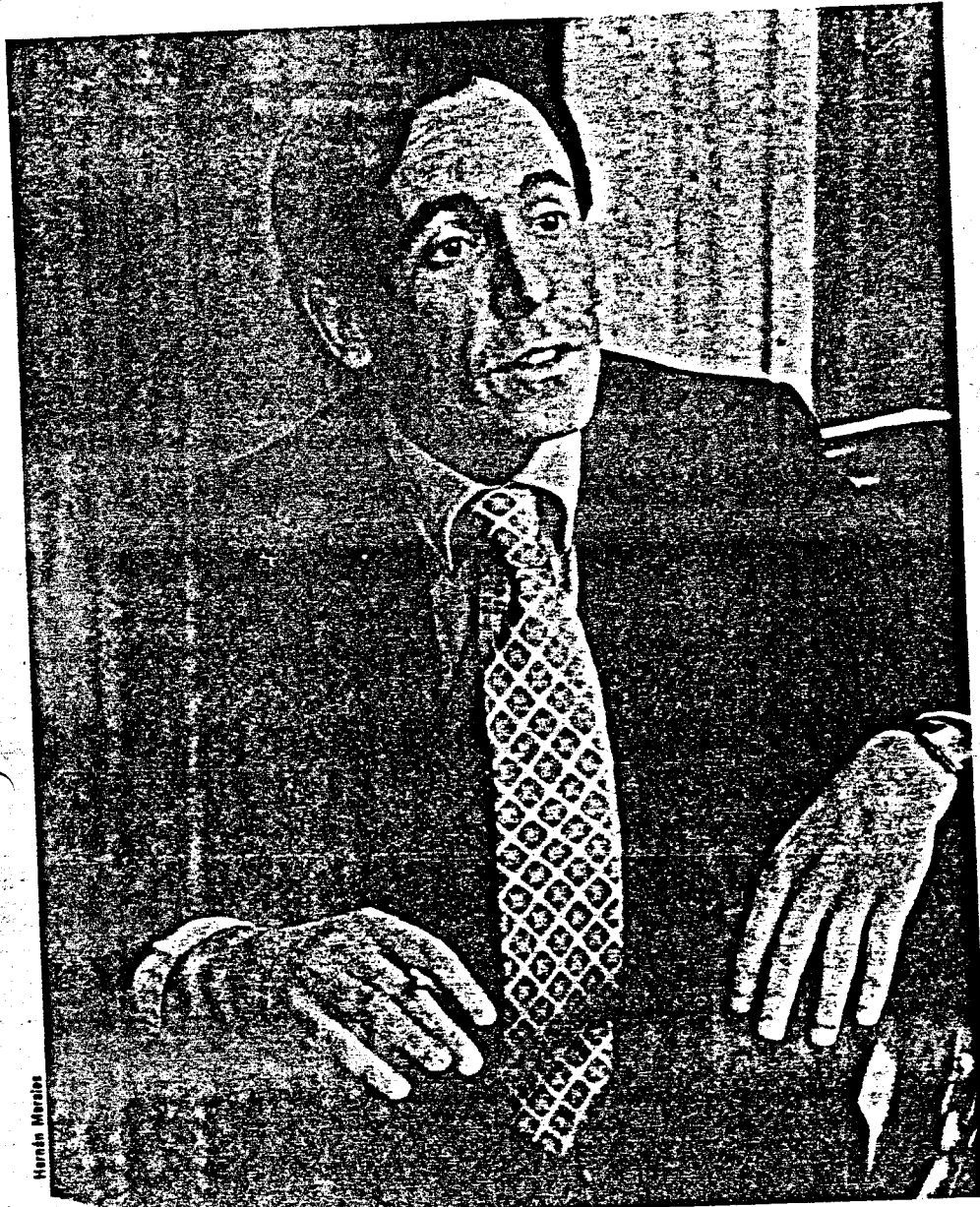
Compromiso a un año plazo

Indudablemente, José Piñera ha creado un nuevo estilo dentro del Gobierno para llevar adelante las pesadas y difíciles tareas que supone todo Ministerio. Tal vez la clave está en su dinamismo personal y en la convicción de que es indispensable comunicarse con la opinión pública y hacerlo directamente, llegando a ella con claridad, imaginación y sencillez. “Los intermediarios no siempre traducen con el mismo sentido, y la misma pasión, una idea”.

Casado con Francisca Aninat (periodista) y padre de dos hijos hombres, guarda celosamente todo lo relacionado con su vida privada (sólo confiesa que lee mucho y que juega tenis dos veces a la semana), y esquivo hábilmente y con prudencia las preguntas vinculadas con sus lazos familiares. Es hijo del ex embajador de la Democracia Cristiana José Piñera y sobrino del Secretario de la Conferencia Episcopal, Monseñor Bernardino Piñera. Estudió en el Colegio del Verbo Divino, se recibió de economista con las más altas calificaciones, en la Universidad Católica, y más tarde obtuvo el Master y el Doctorado en Economía en la Universidad de Harvard. “He tenido una excelente educación, gracias a Dios y a mis padres”.

Entrevistarlo (después de un año que nos había prometido esta conversación) es una experiencia interesante. José Piñera tiene una inteligencia que cautiva incluso a sus contrarios, la que combina con un fino y agudo sentido del humor y una profunda capacidad de análisis. De él fluyen los conceptos y las ideas en la forma más natural del mundo. No gasta energías en desmenuzar el acontecer político diario; prefiere avanzar, abrir nuevos caminos y buscar soluciones, sin tropezarse más de lo necesario en los “viejos prejuicios y mitos” que abundan en nuestra mentalidad chilena.

Ha sido parte del equipo con que el Presidente de la República plantea una modernización del país como tarea prioritaria. Esta idea, que lo apasiona, es la brecha que abre la conversación y a través de ella el Ministro va dando su opinión sobre importantes temas: libertad, pobreza, desarrollo, política, marxismo, Gobierno y... el futuro.



Karenia Morales

• "Lo que detiene el avance socialista y marxista es la extensión del campo de la libertad personal, y la efectiva participación de base. No bastan la política económica y el éxito material para inmunizar al país del extremismo"

voz de los expertos en las decisiones eminentemente técnicas que adoptan los gobiernos, en fin, transformar a Chile en un país moderno donde la razón prime sobre los prejuicios y dogmatismos, y donde la libertad individual sea la regla general y la intervención estatal la excepción.

Legitimidad salvadora y legitimidad revolucionaria

—Sin embargo, Ministro, hay sectores que a estas alturas cuestionan la legitimidad del Gobierno para continuar haciendo reformas tan profundas. En su opinión, ¿de dónde deriva el Gobierno su legitimidad para cambiar al país?

—El 11 de septiembre de 1973 el Gobierno adquirió dos legitimidades: la salvadora y la revolucionaria. La legitimidad salvadora, para librarnos del comunismo y reconstruir el país, la cual se agota precisamente con el éxito. La legitimidad revolucionaria, que tiene hoy plena validez, para realizar profundas transformaciones con la finalidad de que no se repita el ciclo que terminó con el marxismo. Como se sabe que estas reformas no se pueden hacer con el juego político tradicional, la mayoría de los ciudadanos entrega al Gobierno su apoyo para que éste, legislando con justicia en favor de todos los chilenos, alcance estas metas. Alguien dijo que "hacer una revolución era como andar en bicicleta; si uno se detiene, se cae". El Gobierno lo sabe, y considera al inmovilismo como su enemigo mortal. De ahí la clara decisión del Presidente de continuar avanzando con las siete modernizaciones.

—¿Usted no cree que el rápido crecimiento económico basta para detener al marxismo?

—El desarrollo otorga la posibilidad de eliminar la pobreza, y permite conseguir la adhesión de las mayorías al sistema porque les proporciona bienestar material. Pero esto no tiene un efecto decisivo sobre la penetración marxista, como se puede comprobar al observar lo que sucede en algunos países europeos. Lo que detiene el avance socialista y marxista es la extensión del campo de la libertad personal, y la efectiva participación de base.

"Personalmente, prefiero mil veces un país sin pobres a un país sin ricos"

—Ministro, hay quienes se preguntan por qué el Gobierno no se contentó con haber reconstruido el país, y por qué insiste tanto en que se deben corregir los "vicios del pasado".

—Porque los esquemas del pasado no fueron capaces de resolver los grandes problemas nacionales. Su fracaso tiene múltiples evidencias. En lo económico, el bajísimo crecimiento del nivel de vida y la inflación crónica. En lo social, uno de cada cinco chilenos viviendo en la extrema pobreza, bajas remuneraciones y pensiones misérrimas. En lo laboral, politización y un feudalismo sindical que atentaba contra la libertad de trabajo y el pleno empleo. En lo político, la entrega del poder a los partidos marxistas, tributarios de una ideología que ha hecho de sepulturera de

las sociedades libres en la mitad del planeta.

—Y en su opinión, ¿qué necesita entonces el país?

—Dar un golpe de timón en todos los campos. Crear esquemas nuevos, originales. Hacer una verdadera revolución libertaria.

—Estas siete modernizaciones planteadas por el Gobierno, ¿son parte de "ese golpe de timón"?

—Sí. Ellas representan una etapa crucial de esta verdadera revolución silenciosa que se está produciendo en Chile. Las siete modernizaciones buscan introducir márgenes de libertad personal desconocidos para el chileno, contribuir a la necesaria igualación de oportunidades, dinamizar el desarrollo económico, valorar la



Hernán Merino

“Creo que los chilenos no serían felices con el materialismo de una sociedad de consumo”.

No bastan la política económica y el éxito material para inmunizar al país del extremismo. Es necesario asentar la libertad en las raíces de la sociedad, en todos los ámbitos que son vitales en la vida diaria de una persona.

—¿Y cómo se completa esta acción al nivel del poder político?

—No podemos volver a un sistema en que cada seis años éramos convocados a elegir una autoridad que tenía un poder desmesurado para decidir el curso de nuestras vidas. Era tan decisiva cada elección presidencial que se transformaba casi en una guerra civil política que dividía profundamente a los chilenos. Al marxismo le bastaba dar la lucha por el poder político para intentar imponer su modelo aberrante de sociedad. En una sociedad

verdaderamente libre, para triunfar hay que ganar infinitas batallas a nivel de individuos, sociedades intermedias, y poder de cúpula. Y al marxismo eso le es imposible.

Las siete modernizaciones y la libertad

—¿Cómo apuntan en esa dirección las modernizaciones planteadas?

—Todas ellas robustecen la libertad de decisión de las personas. El Plan Laboral con la libertad sindical; la futura reforma previsional con un sistema de pensiones basada en la capitalización individual; la Directiva Educacional y la reforma de la salud a través de la descentralización operativa y la mayor flexibilidad de opciones individuales; la modernización judicial al hacer más efectivo y expedito el acceso de toda persona a la justicia; el reordenamiento agrícola al fortalecer la propiedad privada en el campo; y por último, la reforma administrativa al agilizar el sector estatal y permitir reducir su tamaño que abrumba con su pesada carga a todos los chilenos.

—Usted mencionó antes también la participación de base. ¿Qué significado le da exactamente?

—Se trata de que en aquellas áreas en que la libertad de opción individual no se pueda manifestar en toda su amplitud, y deba existir intervención estatal, las personas participen directamente, y no a través de autoridades de cúpula, en la gestión de las instituciones pertinentes.

• “Es posible que Chile rompa la barrera del subdesarrollo alrededor de 1990... La década del 80 verá el auge económico más extraordinario de nuestra historia. Algunos sectores serán irreconocibles por su magnitud: el nuevo cobre, el sector forestal, la pesca, la agricultura, la ganadería, la industria integrada a nuestros recursos naturales, incluso el turismo”.

Que los académicos manejen las universidades, que los padres de familia participen en la dirección de los liceos fiscales, que los vecinos se integren a los organismos comunales, que cada comunidad colabore en la orientación general de los hospitales del Sns, etc. Esa es participación de verdad. Esa es la participación que más quiere la gente, y que constituiría, junto con la máxima libertad personal, una barrera infranqueable al marxismo. Sólo al final de un proceso creciente de democratización “desde abajo”, que quite al Estado el poder absoluto, evitando además a los gobiernos innumerables frentes de conflicto, deberán operarse mecanismos democráticos modernos para generar el poder político de cúpula.

—¿Usted no cree que las condiciones económicas de Chile le hacen muy difícil salir del subdesarrollo?

—Chile es un país rico en recursos naturales, en gente, en oportunidades. Sólo se necesita el empuje de una economía libre y abierta, junto con la estabilidad política, para proyectarlo hacia el progreso. La década del 80 verá el auge económico más extraordinario de nuestra historia. Algunos sectores serán irreconocibles por su magnitud: el nuevo cobre, el sector forestal, la pesca, la agricultura, la ganadería, la industria integrada a nuestros recursos naturales, incluso el turismo. El país logrará tasas de crecimiento aún mayores que las de estos últimos tres años, y que pocos creyeron cuando fueron anticipadas. Es posible que Chile rompa la barrera del subdesarrollo alrededor de 1990.

(Hace tres años José Piñera publicó un estudio que produjo gran impacto definiendo la frontera entre desarrollo y subdesarrollo, y adelantó cifras optimistas, que se han cumplido, sobre el crecimiento de la economía chilena. Ahora agrega: “Confo en que entonces [década del 90] habremos eliminado la extrema pobreza”.)

• “Que los académicos manejen las universidades, que los padres de familia participen en la dirección de los liceos fiscales, que los vecinos se integren a los organismos comunales, que cada comunidad colabore en la orientación general de los hospitales del Sns, etc. Esa es la participación de verdad”.

Pobreza y libertad

—¿Y cómo se puede eliminar la extrema pobreza?

—Con una política económica que maximice el crecimiento de la producción nacional, y con una política social que redistribuya ingresos de los que tienen más a los que tienen menos.

—¿Son compatibles el crecimiento de la producción con una mejor distribución del ingreso?

—Ese es el nudo del problema. En verdad, la ciencia económica moderna ha determinado que es posible conciliar ambos objetivos, pero sólo si se utilizan los instrumentos adecuados. La iniciativa individual es la fuerza motora más poderosa para el progreso material, y el mercado competitivo es el mejor sistema de señales para hacer que esta actividad se concilie con la obtención del bien común. El Estado debe concentrar sus esfuerzos

“Los muy pobres nunca han representado una fuerza electoral importante. Carecen de organización, de poder de presión, de financiamiento, de voz. Ahora que existe la oportunidad histórica de tener un gobierno que no necesita estar todos los días contando sus votos, intentar resolver este problema constituye un imperativo moral”.

en diseñar y aplicar esquemas tributarios inteligentes que no destruyan los incentivos de los individuos, y en gastar eficientemente estos recursos en los más pobres.

—¿Y usted considera que se ha hecho lo suficiente por los más pobres?

—Se ha hecho mucho. El aumento del gasto social, los programas nutricionales y de alimentación escolar, el énfasis en la educación básica y prebásica, el Plan Laboral, la creación del Consejo Social y su Fondo de Emergencia, los esfuerzos por agilizar la previsión, las reformas en la salud, y muchos otros, son todos testimonios de la apertura social responsable en que está empeñado el Gobierno.

—¿Por qué, entonces, los resultados de ese esfuerzo parecen insuficientes?

—Hasta no lograr la meta siempre parecerán insuficientes. Además sucede que este Gobierno ha tenido que enfrentar simultáneamente problemas enormes. Reconstruir una economía destrozada, superar la caída del precio del cobre, ajustarse a las alzas descomunales del precio del petróleo y fortalecer nuestra seguridad nacional ante los nuevos eventos internacionales. En verdad, falta aún un largo camino que recorrer.

—¿Ese énfasis que se le da a la lucha contra la extrema pobreza no implicará, en cierto modo, dejar algo abandonada a la clase media del país?

—No, de ningún modo. Lo que sucede es que la democracia tradicional tiende a redistribuir ingresos desde los extremos del espectro social hacia el centro. Los muy pobres nunca han representado una fuerza electoral importante. Carecen de organización, de poder de presión, de financiamiento, de voz. Ahora que existe la oportunidad histórica de tener un gobierno que no necesita estar todos los días contando sus votos, intentar resolver este problema constituye un imperativo moral. No se trata entonces de abandonar al resto de los chilenos, que tienen enormes posibilidades para progresar en una economía libre, sino de tener una opción preferencial por los más pobres, como lo ha pedido recién Juan Pablo II en Puebla.

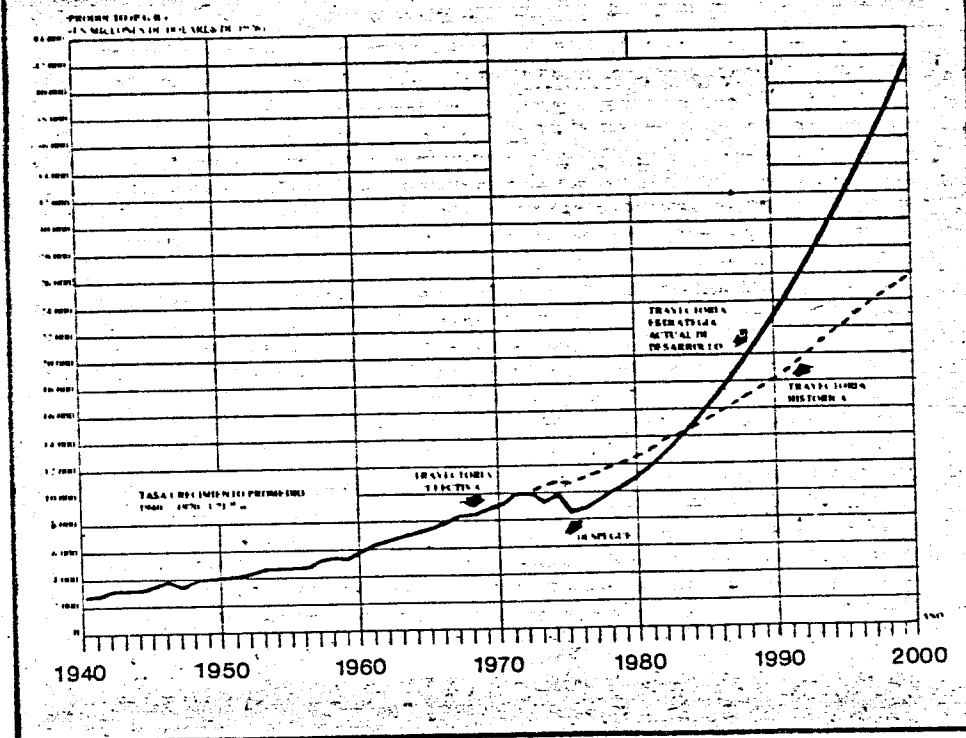
—¿Y qué importancia política tiene fijar esas prioridades?

—Creo que no habrá verdadera estabilidad mientras algunos no tengan casi nada que perder con la ruptura del orden establecido. Un amigo me contaba haber leído en la pared de una fábrica, cuando el país estaba en pleno fervor populista, la siguiente frase: “Tu hijo tiene hambre, el de tu patrón no”. Sólo con esta frase, si muchos de los que la leen la consideran válida, se puede incendiar un país.

El mito de la política económica progresiva

—Sin embargo, Ministro, hay quienes sostienen que la actual política económica ha sido regresiva...

LA RUTA DEL DESARROLLO



El gráfico del estudio publicado hace tres años por José Piñera muestra la evolución del Producto Geográfico Bruto tal como ocurrió desde 1940, con dos proyecciones hacia el año 2000: la línea segmentada indica la continuación de la tendencia histórica y la negra señala la actual tendencia que permitió recuperar en 1978 la situación de 1970 y que llevaría alrededor de 1983 al mismo resultado de la tasa histórica "si no hubiera habido Up", y en 1990 a "romper la barrera del subdesarrollo".

—Un reciente estudio ha destruido el mito del empeoramiento de la distribución del ingreso. Sostener sin mayor argumentación que "lo pobres, son cada vez más pobres y los ricos cada vez más ricos" es repetir un slogan de origen marxista, tan antiguo como probadamente falso.

—Pero hay gente más rica con el actual esquema económico...

—Hay que tener, de una vez por todas, el coraje de tomar una decisión inevitable: o queremos un país en que no haya ricos, o un país en que no haya pobres. Si no queremos ricos, tendremos que regimentar a tal grado la actividad económica que ahogaremos el desarrollo y, por lo tanto, la posibilidad de elevar el nivel de vida de los más pobres, sin mencionar que mantener una sociedad libre en ese caso sería extraordinariamente difícil. Si no queremos pobres, tenemos que adoptar el camino que señalé antes, e inevitablemente habrá individuos que surgirán más que otros, y que cumplirán la función social de dinamizar la economía y pagar los impuestos que financian el gasto social. Personalmente, prefiero mil veces un país sin pobres a un país sin ricos. La utopía que ofrecen algunos de un país sin ricos ni pobres no se da en ninguna parte del mundo libre y ni siquiera en las dictaduras totalitarias del Este, que justifican su presión como el precio de un igualitarismo que no existe.

—¿Usted cree, entonces, que es imposible lograr simultáneamente la libertad y la igualdad?

—Creo que la libertad es totalmente compatible con la igualdad de oportuni-

• "Hay que tener, de una vez por todas, el coraje de tomar una decisión inevitable: o queremos un país en que no haya ricos, o un país en que no haya pobres".

dades y con la igualdad ante la ley. El error es creer que se puede lograr el igualitarismo absoluto, la igualdad de resultados que preconizan algunos, y conservar al mismo tiempo una sociedad libre. Eso es imposible. Sólo la fuerza puede evitar que se manifiesten las diferencias naturales entre los individuos. Y a mí no me interesa el bienestar de los establos.

—Algunos dicen que no basta que la economía camine bien para que un gobierno sea popular. ¿Qué opina de esa afirmación?

—Estoy de acuerdo. Buenas cifras de crecimiento o una inflación controlada son muy importantes, pero sólo constituyen la línea de flotación de un proyecto político. A los pueblos no les basta estar bien alimentados; necesitan líderes que les planteen ideales más puros y más heroicos. De Gaulle lo sabía muy bien, y le ofreció a su pueblo la grandeza de Francia como ideal. Creo que los chilenos no serían felices con el materialismo de una sociedad de consumo. Hay que ofre-

cerles progreso material, pero también un proyecto de sociedad humanista capaz de entusiasmarlos y conmovierlos.

Política y Estado

—Ministro, la mayoría de los chilenos coincide en que el país no puede volver a politizarse hasta la médula de los huesos. En su opinión, ¿cómo podría evitarse eso en el futuro?

—Reduciendo el poder estatal. La mejor arma contra el exceso de política, es decir, de Estado, es la libertad personal. De otra manera, la política se transforma en el campo de la lucha de intereses para conseguir favores otorgados discrecionalmente por el Gobierno de turno. En ese esquema es tan crucial detentar el poder político, que la lucha por éste se exacerba, y se recurre a las nefastas armas de la demagogia y las componendas. Considero que uno de los problemas más importantes de la futura Carta Fundamental es buscar la manera de limitar constitucionalmente el poder del Estado y proteger al individuo. Resuelto éste, se hará más fácil, y menos crucial, el problema de decidir cómo se genera el restante poder político y cuáles son sus atribuciones, las que deben estar limitadas a las decisiones valóricas, entregando las decisiones técnicas a los expertos.

—Usted ha señalado reiteradamente su temor frente al Estado todopoderoso. ¿No cree, sin embargo, que éste es una fuerza de control indispensable del hombre?

—Hay dos fuerzas que pueden disciplinar al hombre: el Estado o su propia conciencia. Cuando en la historia ha primado el estatismo delirante, hemos contemplado el horror de los regímenes totalitarios. Porque creo profundamente en el hombre, y en la dignidad sagrada de la persona humana, soy partidario de la libertad individual frente al Estado y de la autodisciplina personal.

—Pero, ¿no es ésa la tesis del liberalismo?

—No. El liberalismo, en su concepción global, a veces parecería querer desprenderse de cualquier disciplina, de cualquier deber. No sólo de la tutela estatal, sino también de la conciencia personal, lo cual me parece inaceptable.

—¿Qué opina del marxismo?

—El marxismo es el Gulag. Lo vivió —y lo narró magistralmente— Soljenitzin.

• "Las atribuciones del poder político deben estar limitadas a las decisiones valóricas, entregando las decisiones técnicas a los expertos".



Hernán Morales

"A mí no me interesa el bienestar de los establos".

SONETO AL NUEVO MINISTRO DEL TRABAJO

Primero ser flexible; luego abierto;
no encerrarse después: no ser
[dogmático;
sentarse a meditar sin ser estático;
ser barco y ser al mismo tiempo puerto.

No ser para los otros un desierto;
dialogar, dialogar: ser un socrático
con gafas y nariz; ser democrático,
que es mirar con dos ojos; no ser
[tuerto.

Comunicarse rápido y de un tajo
con el mundo sufriente del trabajo:
ser, en fin, un Ministro de primera.

Es lo que te deseo, fiaco amigo,
como desea el pan su propio trigo.
El resto es vanidad, Pepe Piñera.

Miguel
Arteche

27.dic.78

Miguel Arteche le dedicó este soneto
hace un año, al asumir como Ministro.

Como dice uno de los llamados nuevos filósofos franceses, "el horror de los campos de concentración comunistas no es una desviación ni una verruga en el cuerpo del Estado proletario, sino un efecto, entre otros, de las leyes de El Capital".

—Usted ha mencionado varias veces al Papa Juan Pablo II y a Solzenitzin. ¿A qué se debe?

—Son los dos colosos morales de nuestro tiempo. Me pregunto, incluso, si habrán estado juntos alguna vez. Es sintomático que ambos vengan del Este. Quizás es cierto lo que planteó Solzenitzin en Harvard, cuando dijo que por medio de intensos sufrimientos, la gente de Europa oriental ha logrado un desarrollo espiritual de enorme intensidad y caracteres más fuertes y más profundos que aquellos que se encuentran en el mundo occidental. Ambos nos hacen pensar en el futuro y nos orientan para enfrentar los grandes problemas que se avecinan.



Política de puertas abiertas con los dirigentes sindicales.

—¿Cuáles considera usted que serán los grandes problemas del futuro?

—Serán problemas nuevos. El avance increíble de la ciencia y la tecnología permitirá resolver los problemas económicos y sociales que hoy nos agobian. Sin embargo, si bien la ciencia puede librarnos del hambre y de la enfermedad, no puede contestar las grandes interrogantes religiosas, filosóficas y morales. Por el contrario, al ampliar el campo de opciones posibles —pensemos en la ingeniería genética, en las posibilidades de la electrónica para controlar la población, en los sofisticados métodos de destrucción, etc.— se hará aún más agudo el problema de tener un patrón moral clarísimo para guiar las decisiones humanas.

Pinochet y Franco

—Volviendo a Chile y a su Gobierno, hay quienes ven semejanza entre lo realizado por el Presidente Pinochet y lo que hizo Franco en España. ¿Qué piensa usted?

• "La última revolución: arrebatarse el poder al Estado y devolverlo a los individuos, para terminar con todas las revoluciones".

—Creo que sólo en la primera etapa de su gobierno el Presidente Pinochet podría ser comparado con Franco, ya que ambos lucharon exitosamente contra el comunismo. Pero en su obra de gobierno, el Presidente Pinochet ha sido más libertario al descentralizar el poder económico y social, más comprometido con la justicia al atacar en sus raíces el problema de la extrema pobreza, y estoy seguro, será más visionario cuando llegue la hora de legar al país un modelo político que nos permita vivir en paz y libertad por muchas décadas.

—¿Cómo cree usted entonces que juzgará la historia al actual Gobierno?

—Si la monumental obra económica, social y laboral en marcha se completa con las siete modernizaciones y con un novísimo modelo político, este Gobierno habrá transformado a Chile en una nación moderna, y preparado al país para su ingreso al tercer milenio.

—¿Cuál cree usted que es el mayor desafío que enfrenta el Gobierno?

—Se puede afirmar que si el destino pertenece a los individuos, y no al Estado, los cambios serán graduales, y no drásticos y muchas veces violentos. Por eso, el gran desafío para el Gobierno es transformarse en aquel que puede hacer la última revolución, la libertaria, aquella que al arrebatarse el poder al Estado y devolverlo a los individuos, termine con todas las revoluciones.

—¿No es demasiado optimista plantear metas tan difíciles?

—Claro que lo es. Pero ser joven es tener siempre esperanza...

M. Angélica Bulnes